

## CULTURA

Editado en español el libro en el que el gran fotógrafo húngaro André Kertész reunió medio siglo de imágenes de lectores de todo el mundo

## El ojo curioso que espía la lectura de los otros

MANUEL MORALES, Madrid  
El placer ensimismado de la lectura a cualquier edad y en cualquier sitio, ajenos al ojo curioso que dispara la cámara, fue el hilo que trazó uno de los libros más bellos de la historia de la fotografía. *Sobre la lectura*, del húngaro André Kertész (Budapest, 1894-Nueva York, 1985). Publicado en 1971 en EE UU, ha tenido que pasar casi medio siglo para contar con una edición española, *Leer*, coeditada por Periférica y Errata Naturae. El volumen se ha singularizado con un prólogo del escritor argentino Alberto Manguel y una nota de Robert Gurbo, gran especialista en Kertész.

El manoseado adjetivo de "mítico" se ajusta a una obra "imitada hasta la saciedad", dice el editor de Periférica, Julián Rodríguez, que se interesó hace meses por "un libro que trata sobre una dimensión" que le atraía. Son 66 imágenes en blanco y negro, la primera de 1915, en Esztergom (Hungría), de tres niños con pantalones raídos, dos de ellos descalzos, que comparten un libro, y las últimas, de 1970, en Nueva York. Una intermitente obra de más de medio siglo que fue un homenaje de Kertész a su padre, librero; en todo caso, una oda al sencillo acto de tomar un libro y abstraerse de lo que sucede alrededor.

Niños en escuelas, jóvenes en la calle y adultos en parques se suceden en *Leer* salpicados de toques de humor, como el del parisense que hojea un periódico sentado en un banco mientras una vaca fisiona las noticias por encima de su cabeza. Otras fotos forman una serie que suscita nostalgia, la de lectores de diarios en las calles de una gran ciudad. Mucha ternura provoca una instantánea

### Señor pequeño con un trípode a cuestas

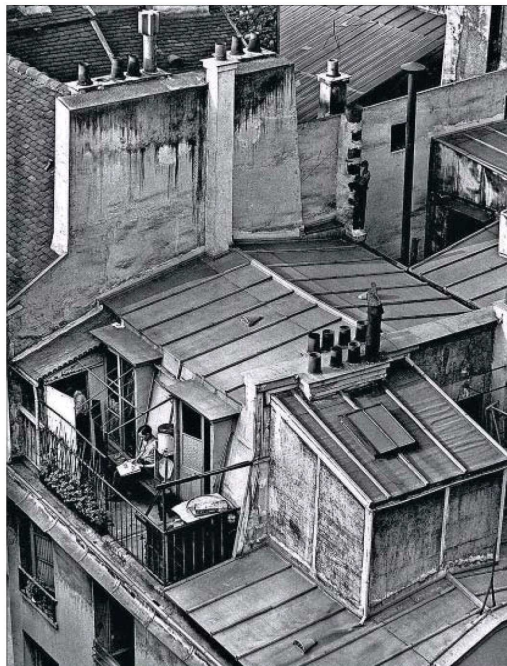
Casi medio siglo después de la publicación de *Sobre la lectura* y 31 años tras el fallecimiento de Kertész, siguen los homenajes de fotógrafos a esa célebre obra. El último, el de Steve McCurry, que acaba de publicar una versión con el mismo número de imágenes del original e idéntico asunto.

McCurry cuenta que conoció en un vuelo París-Nueva York a Kertész. El estadounidense vio a un señor pequeño con un gran trípode a cuestas; compartieron taxi y, gracias a un atasco, pudieron charlar un rato largo.

Con el tiempo, el entonces aspirante a fotógrafo y la leyenda del arte de la imagen vivieron en el mismo edificio de Nueva York, en cuyo vestíbulo aún cuelgan fotos del húngaro.

de Nueva York, la de un chaval que disfruta de un helado sentado sobre un colchón de tebeos, de los que lee un ejemplar. Los retratados por Kertész no miran a la cámara, quizás no sabían que alguien los estaba capturando. Las últimas hojas muestran a personas que leen en azoteas y parecen tomadas desde la lejanía de una ventana indiscreta.

Kertész declaró que "cada foto



Barrio latino, París, 1926 (arriba) y Universidad de Long Island, Nueva York, 16 de marzo de 1963, del libro *Sobre la lectura*. / ANDRÉ KERTÉSZ

contaba una historia", apunta Rodríguez. "Miras una imagen y te produce gran evocación, no se trata de pasar las páginas, sino de quedarte en cada una algún tiempo. Él entendía que, en la era moderna de la urbe, la lectura era un acto íntimo. Hay fotos de París, de Nueva York, de gente mayor y joven... quería que estuviesen todos los estados de la vida", dice. Por asemejarse a la primera edición,

se ha respetado el reducido formato. "Kertész huía de lo ostentoso".

Su pericia influyó, entre otros, en Cartier-Bresson. El francés aseguró que "cualquier cosa" que habían hecho él o Capa, "Kertész la había hecho antes". El húngaro transformó el acto cotidiano de la lectura en imágenes poéticas con encuadres en los que el protagonista queda desplazado por sillas, bancos, árboles... En el prólogo,

Manguel enfatiza en la elegancia de su lenguaje, que bebió del dadaísmo y del fotoperiodismo, y a los que sumó la cotidianidad.

Kertész, que iba para corredor de bolsa, empezó a tomar imágenes antes de la Primera Guerra Mundial. Soldado del Ejército austro-húngaro, fotografió paisajes y a sus compañeros. En 1925 se instaló en París, donde retrató con su Leica los lugares por los que deambulaba —Montparnasse, la torre Eiffel, la periferia— junto a sus amigos —la crema intelectual, Chagall, Mondrian, Serguéi Eisenstein— y al amor de su vida, Elisabeth.

En 1936 le llegó una oferta para trasladarse a Nueva York. Sin embargo, la agencia que lo había contratado solo le quería para aburridas sesiones de estudio, así que pensó en regresar a Europa. Se lo impidió el estallido de la Segunda Guerra Mundial y se quedó en EE UU. Comienza una etapa de desarraigo, de pena por no ver a sus amigos de París y el olvido de su obra. Sobrevive como fotógrafo comercial para publicaciones de moda y decoración. Nacido en un país que había quedado bajo el yugo de la Unión Soviética, no despierta confianza en los EE UU del macartismo. Sin embargo, siempre hallará un instante para retratar a alguien leyendo, en Venecia, Tokio, Buenos Aires...

El director de Fotografía del MoMA, John Szarkowski, impulsó en 1964 una retrospectiva que ayudó a difundir por todo el mundo su obra, que él calificaba, con modestia, de "aficionado". "Sin aquella exposición, la editorial Grossman Publishers no habría lanzado después *Sobre la lectura*", apunta Rodríguez. Por fin llegaron los reconocimientos, hasta que la muerte de su esposa, en 1977, lo dejó solo y deprimido. Falleció en 1985, a los 91 años.

Cuenta Robert Gurbo que llevaba siempre un lápiz en un bolsillo cuando acudía a sus inauguraciones. En los ejemplares de *Sobre la lectura* que firmaba, las fotos habían perdido lustre con los años y las reimpresiones. Y mientras contaba la historia de una imagen, la retocaba con el lápiz.

## El 'Canto fúnebre' suena tras un siglo

El director Valeri Guérguiev reestrena en San Petersburgo la principal obra de juventud de Stravinski, perdida hasta 2015

PABLO L. RODRÍGUEZ, Madrid  
Ígor Stravinski (Oranienbaum, Rusia, 1882-Nueva York, 1971) debió revolverse el viernes en su tumba de la isla veneciana de San Michele. Pero no de inquietud ante la actualidad política sino de regocijo por la musical. En San Petersburgo volvió a sonar *Canto fúnebre Op. 5* más de un siglo después de su estreno en 1909. Había sido la única in-

terpretación de esta obra, un tributo memorial a su maestro, Nikolái Rimski-Kórsakov, que poco después se perdió durante la Revolución Rusa. "Era la mejor de mis composiciones anteriores a *El pájaro de fuego*", pero también "la más avanzada armónicamente", reconocía Stravinski a Robert Craft en *Memorias y comentarios* (1959). En 2015 se localizaron las partes orquesta-

les durante una remodelación del Conservatorio petersburgués. Y ahora recupera, por fin, su dimensión sonora.

El concierto se emitió en directo por la plataforma *online* Medici.tv. Contó con la orquesta de la casa bajo la dirección de Valeri Guérguiev en el escenario. Y la presencia entre el público de personalidades de la música rusa, familiares del com-

positor y especialistas en Stravinski, como la musicóloga Natalia Braginskaya, responsable del hallazgo.

*Canto fúnebre* es una obra importante. Parte del movimiento lento de la *Sinfonía en Mi bemol Op. 1* y preconiza las sonoridades que desarrolló en *El pájaro de fuego*, como ese inicio en trémolo de la cuerda grave. La obra, que dura unos 12 minutos, dispone de un tema principal hondamente cromático, que expone la trompa y pasa por todos los solistas y secciones de la orquesta. Tal como explicó el compositor en *Crónicas de mi vida* (1962), cada instrumento aporta una variante de ese tema que deposita como una corona de flo-

res sobre la tumba del maestro, mientras de fondo escuchamos un coro de ultratumba formado por murmullos en trémolo de la cuerda grave.

Guérguiev dirigió una versión intensa y emotiva donde reveló toda la riqueza de planos sonoros y texturas de la obra. Veinte segundos de silencio al final dieron paso a una calurosa ovación donde el director alzó la partitura recuperada. La velada se completó con una brillante muestra del arte orquestador de Rimski-Kórsakov al principio, como la suite de la ópera *La ciudad invisible de Kítezh*, y con una brillante interpretación al final del ballet completo de *El pájaro de fuego*.